
LA GLOBALIZACIÓN DEL ANTISEMITISMO: Una mirada retrospectiva y prospectiva

Annie Van Klaveren
Mauricio Salgado

INTRODUCCIÓN

La situación del antisemitismo¹ a escala global es una cuestión de relevancia en el contexto de las Relaciones Internacionales. No son pocos los países, europeos en su mayoría, que aún hoy combaten formas de discriminación hacia naciones o pueblos distintos, tales como inmigrantes africanos o el mismo pueblo judío. Las experiencias traumáticas del holocausto nazi y toda la tradición racista que desde el siglo XIX recorre la historia del pensamiento en occidente hace que nos preguntemos por la situación actual de formas de exclusión brutal como el antisemitismo, y sus posibles repercusiones en un contexto de globalización. ¿Podemos hoy hablar de una retirada del antisemitismo en el contexto de las relaciones internacionales y de una cultura globalizada que parece aceptar la diferencia? ¿De qué se trata precisamente esta experiencia que aún persiste en algunos países y cómo puede darse una respuesta global? ¿Cuáles son las características del antisemitismo hoy? Son algunas de las cuestiones que intentaremos resolver, planteando algunos ejes de discusión.

El presente trabajo tiene la siguiente estructura: nos avocaremos en primer lugar a revisar someramente la historia del antisemitismo y su modo de existencia más general, el racismo, preguntándonos por las condiciones y contexto de su emergencia; luego, intentaremos desarrollar algunas cuestiones relativas a lo que hemos llamado “el nuevo antisemitismo” para enseguida preguntarnos por las condiciones de su posible globalización; después, presentaremos algunas propuestas de integración del “otro” que se pueden desarrollar en un contexto de globalización y que nos pueden llevar a una contención, quizás definitiva, de discursos de tipo antisemita, para, finalmente, terminar con algunas ideas generales a modo de conclusión.

¹ El concepto “Semita” es aplicado a todos los descendientes de *Sem*, el personaje bíblico, hijo mayor de Noé, que son por igual hebreos, árabes y arameos. En rigor, por tanto, la acepción “antisemita” comprendería el rechazo a todos estos pueblos del Suroeste asiático. Sin embargo, la designación en su uso cotidiano comprende sólo el rechazo al pueblo judío, cuestión que debiera ser significada con la palabra “judeofobia”. En nuestro texto, por razones de estética lingüística, preferiremos mantener la designación cotidiana, dejando a un lado la poca rigurosidad conceptual.

HISTORIA Y CONTEXTO DEL ANTISEMITISMO

Como forma de comportamiento despectivo y discriminatorio hacia el pueblo judío, el antisemitismo ha existido prácticamente desde los inicios del occidente civilizado. Ya durante el Imperio Romano la devoción que este pueblo sentía hacia su religión y creencias en general se utilizó como pretexto para su segregación política y muy pocos judíos alcanzaron la ciudadanía romana. A partir del siglo IV d. C. los judíos fueron considerados por los cristianos responsables de la muerte de Jesús, y con la expansión de la religión cristiana la situación tendió a empeorar: Los judíos fueron segregados en ghettos especiales llamados “juderías” y en el siglo XV los reyes católicos decretaron la expulsión de los judíos no conversos de la España recién unificada. Solamente con el siglo de las luces y la separación entre iglesia y estado la situación pareció mejorar. Hasta entonces, la discriminación y abierta hostilidad hacia el pueblo judío estaban asentadas en cuestiones de tipo religiosas. En el siglo XVIII, que vio la Revolución francesa y en especial durante el siglo XIX, al producirse una mayor separación entre Iglesia y Estado, y aparecer las naciones modernas que promulgaban un mayor respeto a las diferencias étnicas y de religión, disminuyó la persecución religiosa y económica contra los judíos y éstos se volvieron a integrar gradualmente en el orden político y económico. Sin embargo, su aceptación por parte de una población mayoritariamente no judía era superficial y oscilaba según las condiciones económicas y sociales. Por lo demás, la historia finalmente demostró que fue precisamente en los estados nacionales donde el antisemitismo encontró una nueva forma.

Con la unificación de los últimos estados europeos (Italia en 1861 y diez años después Alemania, en 1871) se consolidó una oleada de espíritu nacionalista que tenía ya una larga data, y que encontró su caldo de cultivo en el imperialismo de la época que va entre 1875-1914 (Hobsbawn, 1999a), lo que implicó una nueva forma de fanatismo nacionalista. Y junto a este proceso, un tipo de intolerancia se fortaleció: la intolerancia racial. Hayes (1966) señala que el “racismo” venía a significar un nuevo y más terrible aspecto del “darwinismo social”; es decir, el que la doctrina biológica de Darwin de la “lucha por la existencia y supervivencia de los mejor dotados” tenía en los asuntos humanos y, en forma especial, en las luchas de las décadas de 1860-1880. Claramente se infería que las naciones que habían “sobrevivido” y salido victoriosas eran “las más aptas” y el resto “inferiores”. Además, la expansión imperial y la política estatal de todas las naciones europeas por ensalzar lo propio con el fin de lograr una unidad moral sólida (y adeptos mejor encausados), llevó al surgimiento de teóricos racistas en prácticamente todos los países imperiales, quienes asociaban a la superioridad o inferioridad de las naciones los factores biológicos (como la sangre o los aspectos físicos) de sus ciudadanos: Adolf Wagner y Adolf Stöcker en Alemania; el Conde Gobineau en Francia; Georg von Schöenerer en Austria y Sir John Seeley en Inglaterra fueron algunos.

Tal como afirma Hayes, no fue difícil que el racismo se ligara al antisemitismo en la Europa Imperial: “El racismo vino a prestar nuevo vigor y nuevo sentido al prejuicio antijudío, quienes habitaban en todas partes como minorías y conservaban una buena dosis de clan. A los cristianos les disgustaba su terquedad religiosa; a los campesinos, su mente urbana; a los conservadores, su aborregamiento con liberales y marxistas.” (Hayes, *Ibíd.*). Por esa época, el caso Dreyfus (un coronel judío acusado de espía y traidor de Francia pagado por Alemania en 1894, lo que precisamente da cuenta de la mezcla de racismo y nacionalismo) era sólo una pequeña muestra de un sentimiento muy extendido por prácticamente toda la Europa Imperial.

Sin embargo, Hobsbawm aporta nuevos elementos al surgimiento de este antisemitismo de nuevo tipo en la Europa Imperial de fines del siglo XIX. Por esta época, se da el surgimiento de nuevos actores políticos, entre los que destacan la llamada “gente pequeña” (Hobsbawm, 1999), esto es, la pequeña burguesía (particularmente la de Europa Central) compuesta de maestros artesanos y pequeños tenderos, que veían cómo su precaria posición se veía socavada por la expansión de un capitalismo industrial que los dejaba fuera de competencia y por el surgimiento de un proletariado al que veían como amenazante. En ellos radicaba también un fuerte sentimiento antisemítico, dada la igualdad que establecían estos sectores entre “judío = capitalista”. Estos sectores medios desprotegidos fueron los sectores poblacionales donde la bandera del patriotismo racial de las derechas conservadoras y su antisemitismo se asentó con mayor firmeza.

Pero es Foucault quien propone la más radical de las interpretaciones al sostener que el racismo se inserta dentro de los mismos dispositivos del Estado Nacional que emergió en esa época. Para este autor el racismo de estado no es un accidente y corresponde al “derecho de hacer vivir y dejar morir” (el biopoder) que todo Estado guarda para sí mismo y que consiste en el conjunto de estrategias que le permiten a los aparatos de éste “potenciar la vida de sus ciudadanos”. Si el Estado tenía derecho absoluto sobre la vida, si su función pasó a ser con el devenir de la modernidad industrial y burocrática el de “controlar y dar la vida” (mediante sus dispositivos sanitarios y métodos estadísticos), un poder que consiste en definitiva en hacer vivir, “¿cómo puede dejar morir? En un sistema político centrado sobre el biopoder ¿cómo es posible ejercer el poder de la muerte?” (Foucault, 1996; pp. 205) Es aquí donde interviene para este autor el racismo. Para Foucault, el racismo tiene dos finalidades cuando se lo mira desde el Estado: 1) la clasificación de las razas en inferiores y superiores genera una distinción en el *continuum* biológico de la especie humana, produciendo un desequilibrio entre los grupos que conforman una población y 2) la muerte del otro, de la raza inferior, es lo que hará la vida más sana y más pura. Aquí se justifica el derecho para hacer morir que tienen los estados imperiales de fines del siglo XIX. En ello se justifica no sólo el colonialismo de la era imperial sino que además la guerra entre naciones adversarias. A fines del siglo XIX, la guerra aparecerá sobre todo -y esto es nuevo- no sólo como un modo

de reforzar la propia raza eliminando la adversa (según los temas de la selección y la lucha por la vida) sino también como un modo de regenerar la propia raza, así, “Cuantos más mueran de los nuestros, más pura será nuestra raza” (Foucault, *Ibíd.*; pp. 208). Partiendo de tales premisas se hace comprensible cómo y por qué los Estados más homicidas sean también los más racistas. Y en este sentido, el régimen de la Alemania Nazi sólo llevó al paroxismo, mediante el holocausto de seis millones de judíos y gitanos, (junto a homosexuales y discapacitados) un dispositivo político que estaba asentado en la propia lógica de todos los estados nacionales y que incluso arrastró a la muerte al propio pueblo alemán durante la Segunda Guerra Mundial.

Una vez finalizada la guerra, en Alemania y en la comunidad internacional en su conjunto, comenzó un proceso de recapitulación y muchos esfuerzos fueron hechos para buscar formas de evitar que algo semejante volviera a ocurrir. Sin embargo, esto no implicó el fin del antisemitismo. Incluso inmediatamente después de la guerra, la discriminación contra los judíos continuó de manera quizás más imperceptible y así muchos países europeos no recibieron de buena forma a los judíos que volvieron a sus tierras después de los horrores sufridos. Aún así, a lo largo de la historia la memoria del Holocausto ha contribuido a desarrollar una mayor conciencia universal sobre los abusos de poder, las persecuciones y los conflictos étnicos.

La organización, incluso internacional, de ciudadanos que defiendan los derechos humanos en todos los rincones del orbe se ha hecho presente con organismos como *Amnistía Internacional* que velan precisamente porque los estados cumplan sus acuerdos de derecho y respeto a la vida, que se ven fomentados en un contexto de globalización de esos derechos humanos. Sin embargo, también es cierto que dentro de los mismos cuerpos organizados de la sociedad civil emergen grupos de extrema derecha con fuertes componentes racistas como lo son los movimientos *skinheads* nazis o *hermandades hitlerianas*. Junto a ellos, nuevas formas de antisemitismo emergen dentro de los países alcanzando algunas veces características globales.

En nuestros días, así mismo, nuevos conflictos han surgido complejizando el escenario internacional. Las guerras se manifiestan hoy de una manera distinta, nunca antes vista. Ya no se trata únicamente de conflictos entre naciones sino más bien de guerras entre actores mucho más difusos y complicados (la guerra contra “el terrorismo”, por ejemplo). El elemento étnico sigue presente, irritando aún mayores grados de conflictividad entre pueblos enteros. Así, una nueva forma de antisemitismo se ha venido desarrollando y ha alcanzado mayor impacto debido, en parte, al conflicto entre Israel y Palestina.

EL NUEVO ANTISEMITISMO: LA PROBLEMÁTICA DE SU IDENTIFICACIÓN

La complicación de caracterizar el nuevo antisemitismo radica, en parte, en la dificultad de distinguir entre las críticas a las prácticas del Estado de Israel y lo que son, realmente, manifestaciones de antisemitismo en general. Las críticas a las acciones israelíes en los territorios ocupados, la situación en Gaza o bien el repudio respecto a las prácticas extrajudiciales (aplicadas a ciertos palestinos relacionados con movimientos terroristas) no pueden ser entendidas como acciones racistas. Las críticas y la oposición a las prácticas violentas representan el justo ejercicio de la democracia, y deben ser diferenciadas de afirmaciones que atentan contra todo un pueblo. Para esto, Irwin Cotler (2004)² plantea ciertas líneas de análisis que ayudan a distinguir la crítica de lo que es antisemitismo. Así, éste es tal cuando llama, públicamente, a la destrucción de Israel y del pueblo judío en su conjunto; también cuando Israel es caracterizado como el enemigo del Islam. El antisemitismo, en su forma más radical, llega a negar, incluso, el Holocausto.

El antisemitismo se da además en diversos ámbitos, como son el cultural (ciertas características negativas han sido atribuidas al pueblo judío por intelectuales), el económico (la existencia de condenas a países que mantienen relaciones económicas internacionales con Israel) y el político (la crítica a países que no condenan las acciones del Estado de Israel). Estas manifestaciones del nuevo antisemitismo son, en realidad, más frecuentes de lo que se pudiera llegar a pensar. En el año 2003, un total de 360 incidentes serios fueron reportados contra judíos, a diferencia de los 311 documentados en el año 2002³. Este aumento es simbólicamente significativo, ya que marca una tendencia creciente que sin duda es preocupante. Los cinco países en los que se presenciaron los mayores porcentajes de estos incidentes fueron Francia, Reino Unido, Rusia, Alemania y Canadá.

Pero ¿quiénes ejercen esta nueva forma de antisemitismo? Por lo general, en los países desarrollados (que es donde mayoritariamente se dan estos hechos) se distinguen tres grupos⁴, siendo el primero las comunidades islámicas, que muchas veces no hacen distinción alguna entre Israel y el pueblo judío en general. El segundo está constituido por grupos neo nazis que generalmente están compuestos por jóvenes. Por último, el antisemitismo también está presente en grupos de extrema izquierda, que le atribuyen a Israel el tener influencia y participación en los cuatro peores y más negativos rasgos de la historia del siglo XX (nazismo, racismo, colonialismo e imperialismo). Esta visión hace una equivalencia entre Hittler y Sharon, argumentando que lo que están haciendo los judíos en territorios palestinos constituye una nueva forma de genocidio. Cabe mencionar que el centro del nuevo antisemitismo y las direcciones que éste va tomando, así como los grupos que lo

² Citado en "Post Holocaust and Anti Semitism", Jerusalem Center for Public Affairs, Abril 2004, versión electrónica.

³ Fuente: Stephen Roth Institute, Tel Aviv University

⁴ Fuente: "Post Holocaust and Anti Semitism", Jerusalem Center for Public Affairs, Abril 2004, versión electrónica.

ejercen, varían constantemente. No se trata de “una” nueva forma de antisemitismo, sino de manifestaciones que difieren unas de otras, y aunque el principio sea similar, varía la forma, los argumentos y los sujetos que lo llevan a cabo. Esto sin duda dificulta su caracterización y tratamiento ya que las nuevas formas de antisemitismos provienen de diversos frentes.

GLOBALIZACIÓN DEL NUEVO ANTISEMITISMO

El antisemitismo, por lo general, ha tenido un carácter eminentemente local. Aún cuando el Nazismo justificaba el exterminio de los judíos en el argumento de que éstos querían llegar a tener un dominio de carácter mundial, la persecución mantenía un carácter local, es decir, cada país perseguía a los judíos de dicha nación. El foco por esta razón continuaba siendo local o al menos, regional. Pero dadas las condiciones actuales de globalización, el antisemitismo podría adquirir un carácter global. Para muchos, Israel y los judíos en general se han transformado en una amenaza latente para la paz mundial.

Muchas críticas antisemitas se dan en el ámbito internacional, donde se acusa a Israel de hacer una especie de *lobby* internacional a su favor; incluso se ha llegado a atribuir a dicho país influencia en las políticas tomadas por EE.UU. en Irak. Las posiciones más extremas llegan a sugerir que incluso los atentados del 11 de Septiembre en EE.UU. fueron planeados por el pueblo judío, como un modo de deteriorar la imagen del pueblo árabe a escala mundial y de justificar las represalias tomadas en sus países. Esto sin duda pasa del terreno de la crítica a la adopción de argumentos y conductas abiertamente antisemitas.

Si bien es cierto que las acciones antisemitas se han dado, hasta el momento, principalmente en los países desarrollados, no es descartable que éstas se expandan a África, Asia o incluso Latinoamérica. Esto se ve influenciado por el hecho de que es innegable que ciertas políticas y acciones muy criticables del Estado de Israel son, muchas veces, atribuidas por la opinión pública a la voluntad de todo un pueblo. En este sentido, el conflicto actual acentúa el problema y vulnerabiliza la imagen de los judíos en su conjunto.

Debido al aumento de estas manifestaciones, se ha planteado la pregunta de si el mundo está volviendo a una situación de antisemitismo similar a la vivida en 1930. Lo cierto es que afirmar esto es erróneo ya que la situación actualmente es completamente distinta. Los hechos tienen que ser siempre debidamente contextualizados; hoy, el pueblo judío está plenamente consciente de las nuevas formas de amenaza que se presentan; después del Holocausto, numerosas organizaciones fueron creadas con el propósito de evitar que algo semejante volviera a suceder. El avance de la democracia, del derecho internacional y de numerosas ONG'S han contribuido a crear conciencia y a estar alerta hoy en día sobre las posibles nuevas

formas de agresión contra el pueblo judío. Sin embargo, más allá de estas acciones específicas, ¿es posible afirmar en contexto de globalización una “ética global” que impida el surgimiento de acciones de racismo, en particular de antisemitismo, tanto de estado como de grupos políticos o civiles? ¿Qué modo de construcción debiera seguir esta “ética global” para que contara con la legitimidad internacional necesaria como para que se imponga por su propio peso?

PROPUESTA DE INTEGRACIÓN CULTURAL EN UN CONTEXTO DE GLOBALIZACIÓN

Ningún orden cultural se construye al margen de una fundamentación de la moral. Si la pregunta que se hacen las culturas y países es precisamente por las condiciones de convivencia pacífica y de respeto al otro cuándo entonces la ética entra en escena. Sin embargo, ¿cómo construir un discurso moral de validez universal que oriente el accionar en un contexto de globalización ilimitada y de constantes flujos simbólicos y migratorios que nos confrontan a ese otro que tantas veces nos asusta y rechazamos? La discusión aún permanece abierta, pero se pueden presentar algunos ejes sobre los cuales se estructura ésta.

a) La respuesta Sistémica: Desde una perspectiva de sociología luhmaniana, los problemas de reconocimiento e integración del otro se resuelven mediante mecanismos de orientación contextual y acople estructural entre sistemas sociales (Luhmann, 1990). Desde este punto de vista, en las sociedades regionales (países) deben darse sistemas jurídicos que integren dentro de sus premisas de validez procedimental (es decir, amparadas en el procedimiento democrático y en la clausura operativa del derecho -que éste no responda a la moral por ejemplo-) el respeto a los DD.HH. y, además, un sistema político acoplado estrechamente a esta normatividad jurídica, propia de todo estado de derecho. Sólo así se asegurará la no inclusión de movimientos o grupos políticos de tipo racista o antisemita, quienes estarán en el lado externo de la distinción del derecho (legal/no legal). La respuesta es optimista y limitada: las sociedades con ello asegurarán que grupos antisemitas no se alleguen al poder con sus programas; pero, a la vez, habrá que soportar la existencia de estos grupos, quienes pueden organizar manifestaciones públicas, pues, en un régimen democrático, se debe respetar todas las inclinaciones individuales, aseguradas por la libertad de expresión. El único límite será el uso de la violencia, pues el sistema político es abiertamente sensible al uso de la violencia cuando no proviene desde él. Aquí, no hay construcción de ética universal sino mecanismos de operar sistémicos que impidan, no la aparición, pero sí el que grupos racistas lleguen al poder. Desde una perspectiva luhmaniana, para que esto ocurra, sólo vasta la evolución, es decir, es cuestión de tiempo que esto ocurra.

b) La respuesta postmoderna: desde una perspectiva postmoderna, la única posibilidad de construcción de una moral universal es aceptar la existencia

de *léxicos últimos* (Rorty, citado en Brünner, 1999), donde se asienta la moral de los individuos. Léxicos que son inconmensurables, incomparables entre sí, sin que ninguno sea más legítimo que el otro. No hay posibilidad de construcción de una moral universal a no ser una moral asentada en el “control de daños” (o “liberalismo del miedo”). Llegado al punto de inflexión, donde la modernidad agota su proyecto y cesa por ende la posibilidad de apelar a cualquier “metarrelato” que legitime un punto de vista universalista; al liberalismo por tanto no le queda más que retraerse sobre la última línea de defensa, que consiste en rechazar la crueldad y concentrarse en el control de daños. Existe un mal mayor que todos conocemos y al que evitaríamos si pudiéramos, “ese mal es la crueldad y el miedo que inspira el miedo al miedo mismo” (Brünner, *Ibíd.*). No hay fundamento racional o moral para este miedo. Entonces, el rechazo a posiciones antisemitas no pasa porque éstas estén equivocadas o sean dañinas en sí, sino porque sus efectos han sido devastadores y el sólo pensar en el holocausto nos da miedo.

c) La respuesta de la ética comunicativa: desde una perspectiva de racionalidad comunicativa como la defendida por Habermas (1991), la posibilidad de una moral universal que rechace la discriminación al otro pasa por el horizonte de significaciones compartidas que se juega en cada construcción de identidad. La identidad personal se logra sólo en un horizonte de significados compartidos con otros, esto es “ninguna persona puede afirmar su identidad por sí sola”. Si todo discurso identitario logra afirmarse en la racionalidad comunicativa que lo compone y si se logran imponer las condiciones ideales de legitimidad que Habermas recomienda (como la igualdad de los hablantes para exponer sus consideraciones y el triunfo final del mejor argumento) entonces podemos lograr una moral identitaria que se base racionalmente en el procedimiento de diálogo entre las personas. La idea es así crear un metarrelato democrático en que todas las identidades, las de los unos y las de los otros, participen y den cuenta de sus pareceres, imponiéndose el mejor argumento. Ejemplos como estos son las mesas de diálogo o las instancias de deliberación multilateral, que un plano real, aún no han cumplido con las pretensiones de legitimidad enunciadas por Habermas, lo cual no significa que deban ser rechazadas estas premisas.

Estas tres formas de argumentación estructuran la discusión actual sobre las posibilidades de construcción de una moral de carácter global que puedan permitir la convivencia pacífica y protejan a los ciudadanos de violaciones a los DD.HH. sobre la base de ideas racistas o de otro tipo. La discusión en torno a las posibilidades de contención de un antisemitismo de nuevo tipo en esta era global pasan precisamente por la validez que se le reconozca a una de estas tres posturas y por el acuerdo que se genere entre los “hablantes” a partir de ellas.

CONCLUSIÓN

Hasta aquí hemos revisado el contexto y condiciones de posibilidad de surgimiento del antisemitismo en Occidente, las dimensiones de un “nuevo antisemitismo” y las posibilidades de contención a estas posturas desde una perspectiva de construcción de una moral global que oriente las decisiones de los actores y movimientos internacionales. Como se aprecia, es en momentos de crisis sociales y/o económicas donde los discursos radicales de carácter racista y antisemita emergen. Las posibilidades de superación y contención a estos discursos en la era global pasan precisamente por crear instancias de acuerdo y de inclusión del otro, que pueden ser a través de una de las tres estrategias de acuerdo revisadas. No es el momento de discutir la validez o efectividad de cada una de ellas. Lo importante es establecer que en una época donde la existencia de instancias multilaterales de convenios globales parecen estar cada vez más deterioradas (Naciones Unidas es el ejemplo más triste) Hobsbawn (1999b) se preguntaba al fin de su libro “La Era de los Extremos” dónde están “los hombres que trabajaban en las conferencias internacionales tan familiares para los diplomáticos del pasado y tan disímiles de las breves ‘cumbres’ de relaciones públicas y foto que las han reemplazado”. Las posibilidades de construcción de acuerdos multilaterales que orienten las acciones en una sociedad global y que además sirvan para la contención de discursos que nos arrastran hacia el desprecio y la destrucción del otro quizás hoy necesiten un mayor impulso, tanto de políticos y diplomáticos, como también de la misma sociedad civil. En cuanto eso no ocurra, seguiremos presenciando actos racistas que sólo nos traen a la memoria nuevos miedos y nos llevan a refugiarnos cada vez más en la privacidad de nuestro espacio íntimo, disminuyendo precisamente las posibilidades de encuentro con el otro.

REFERENCIAS

- “Antisemitism Worldwide, 2003/04, Stephen Roth Institute for the study of Contemporary Antisemitism, Tel Aviv University, versión electrónica.
- Brünner, J.J. (1999). Globalización Cultural y Posmodernidad, FCE, México.
- Foucault, Michel (1996). Genealogía del Racismo, Altamira, Argentina.
- Hayes, J. H. (1966). El nacionalismo, una religión, U.T.E.H.A., México.
- Hobsbawn, E.H. (1999a). La era del imperio, Crítica, Buenos Aires.
- Hobsbawn, E.H. (1999b). Historia del Siglo XX, Crítica, Buenos Aires.
- Luhmann, Niklas, (1991) Sistemas Sociales, Alianza/iberoamericana, México.
- “Post Holocaust and Anti Semitism”, Jerusalem Center for Public Affairs, Abril 2004, versión electrónica.

Otras Fuentes

www.tau.ac.il/Anti-Semitism

www.forward.com/issues

